

TENSIONES DEL ODIO
EN LA PEQUEÑA COMUNIDAD:
ANTAGONISMOS
EN LOS ESTRATOS SOCIALES

Por VIRGINIA GUTIERREZ DE PINEDA

A medida que el conocimiento del sér humano como *criatura de la sociedad* se ha hecho más intenso y sistemático, ciertos valores tradicionales de fondo literario han ido perdiendo importancia. Ya ni al hombre raso, ni al estudioso de las Ciencias Sociales se le puede hacer creer que las pequeñas comunidades son ideales, paraísos donde la agitación humana se remansa, el inquietante dinamismo de los grandes núcleos de población se estaciona, y las normas rígidas de comportamiento pierden su función vital. A nadie se le convence ahora del gentil entendimiento de sus gentes, de la alegría bucólica de sus campos, de la bondad ingénita de sus moradores. Y nadie tampoco toma estos sitios como lugares ideales para una cura de reposo.

Porque a medida que uno se va acercando a las pequeñas comunidades a través de la investigación científica o del solo contacto humano, empieza a abrirse paulatinamente un mundo de lucha, de pasión y de zozobra. Y se da cabal cuenta de que allí el hombre ama, espera, se frustra y odia como en cualquier lugar del mundo, claro está dentro de las limitadas órbitas de su acción y de su medio. Y entiende que el proceso de interacción personal, del dar y del recibir, se cumple con la misma fuerza con que se realiza en la ciudad de numerosos habitantes. Y guardadas proporciones cuantitativas, se viven y se padecen las mismas preocupaciones que agitan al resto. La pequeña comunidad no es una célula diferente de la sociedad total.

Por todas estas razones, voy a tratar algunas de las tensiones del odio en estas agrupaciones mínimas. Y dentro de la serie de conflictos que las pueden agitar, a enfocar tan sólo uno: los antagonismos de clase en Colombia.

No es que no existan otras tensiones importantes, bien por la fuerza que las estimula o por las secuencias que acarrearán. Están, por ejemplo, los encarnizados antagonismos que separan

como sectas religiosas del oriente asiático a los partidos políticos y cuyas trágicas consecuencias todos hemos vivido. Existen fuertes odios no sólo dentro de la estructura de la familia extensa, sino que esta misma pasión agita la vida de la célula biológica pequeña: padres, hijos y hermanos se destruyen a través del odio gestado por fenómenos de interrelación. Más aún, vigorosas conmociones propiciadas por poderosos antagonismos, destruyen la armonía de la pareja humana, rompen su unidad y se reflejan en secuencias sobre la sociedad total. No es sino observar las clásicas disensiones que crea la poliginia en las dos costas, o el concubinato en la porción andina. Estas zonas se convierten en virtud de estas tensiones, en el predominio de la magia agresiva que da salida encubierta al odio emanado de tal situación, a través del "hechizo" que trae la muerte, la enfermedad, anomalías en la generación, la mala suerte en el trabajo agrícola, en el amor, en las relaciones personales, etc. O ayuda en su tarea destructora la agresión ostensiva con muy variadas formas de expresión. También empiezan a insinuarse en muchos sectores patrios, con caracteres agudos y con fecha de relativa novedad los antagonismos religiosos.

Sin embargo, he tomado el tema de las rivalidades entre las clases sociales. Y me reafirmo en la elección, porque a través de estas luchas se desnuda la estructura de la comunidad y se destacan los valores que actúan como piezas de ajedrez en el juego del odio. También me ha ayudado en mi decisión la rica variedad de formas de antagonismo que se mueven a través de tan complejo fenómeno. Dentro de ellas seleccionaré algunas.

Es menester, entonces, que inicialmente nos preguntemos cuáles son las fuerzas íntimas que empujan este proceso. Posiblemente la dinámica misma de la estructura de las clases sociales, acelerada en fechas más recientes por el profundo cambio que sacude desigualmente al país en variados órdenes, y que acaba por deteriorar las formas tradicionales de la estructura social y convertirse, en ocasiones, en causa esencial del conflicto. En algunos casos las tensiones son nuevas, en otros, llevan ya un largo proceso de maduración. Son una vieja herencia.

El problema, en última instancia, es cuestión de ubicación, de metas ideales por alcanzar. Es, en otras palabras, y reducida a la mínima simplicidad, la lucha tensa y constante para lograr

en la pirámide social un puesto acomodado. Es un impulso to-poderoso que mueve los estratos bajos de la misma hacia arriba, siempre hacia arriba, para lograr un ascenso social, considerado por casi todo el mundo en Colombia como cristalización ideal de una vida de esfuerzo. O como realización fecunda y apetecible del trabajo continuado de varias generaciones.

Y este movimiento no puede hacerse sin esfuerzo, sin fuertes traumatismos en la personalidad individual y en la colectiva. Porque para llegar a colocarse una persona o un grupo en un sitio de avanzada que no tenía al comienzo, ha de combatir tenazmente desde muchos campos. Y toda su vida se convertirá en esta lucha. Lucha por amoldarse a los patrones de prestigio que este sitio exige. Lucha por conquistar el respaldo económico que tales formas externas requieren. Lucha por hacerse a imagen y semejanza de los que rodean la nueva situación. Y sobre todo, lucha contra quienes se oponen a este logro.

El individuo en ascenso ha de abrirse paso a codazos entre la multitud social y ha de recibir el lógico rechazo de los que va desplazando. Porque un segundo movimiento se opone al ascendente: el que ya ha logrado situarse en lugar destacado, meta del que está abajo, o en cualquier sitio superior a éste en la gradación de clases, se coloca de inmediato a la defensiva. El no quiere perder su prerrogativa, verse desalojado. No desea compartir sus gajes con el otro, porque teme por la seguridad de su ubicación y se inquieta ante la posibilidad de descender en su *status*. Y así como el primero tiene como fin ascender, éste tiene como meta frenarlo. Cerrarle el paso, limitarlo en su avance hasta lograr eliminarlo socialmente como competidor, no importa los medios a que haya necesidad de apelar. Es una clara lucha por la sobrevivencia y el dominio social, con la misma fuerza y hálito con que las especies animales se destrozan unas a otras para no fenecer.

Y esta resistencia del uno ante el empuje del otro, produce la tensión que se convierte en odio. El odio que enfrenta no sólo a los individuos sino que a la postre separa la sociedad entera en bandos antagónicos y conduce, como fuerza expansiva que es, a la transformación dolorosa, al cambio violento de las estructuras.

Algunas de las situaciones que vamos a tratar son nuevas; otras, por el contrario, llevan un largo viacrucis de conforma-

ción. Viejas herencias que nos vinieron con la organización misma de nuestra sociedad.

Antagonismo, tensiones violentas y odio se sienten en Colombia a través de la lucha de las clases sociales. Veamos el que agita las comunidades agrario-ganaderas de escaso desarrollo. Localicemos sobre el mapa del país esta zona que cobija a los Santanderes, al Cauca y a Nariño, al binomio Cundinamarca-Boyacá y termina por cerrarse con el Huila y los Departamentos del litoral norteño.

En todo este retazo nacional existen regiones donde las mencionadas disensiones se marcan con caracteres muy definidos. Al analizarlas comparativamente, se observa el hecho de que en ellas hay en común un denominador básico constituido por la tierra y su explotación. Allí las posibilidades de mejora social para los grupos en ascenso, o las razones de predominio para los ya satisfechos, están centradas en función de dicho elemento. Tener acceso a la tierra para los unos y mantener su dominio y control, el *statu quo* para otros, es para ambos la razón de su lucha, que se convierte en una pugna por mantener o conquistar posiciones. Y en algunos aspectos, es algo más: para aparceros, minifundistas y asalariados es la razón de su vida misma. Sobre la base de estos intereses con el mismo objetivo, se conforman dos bandos: capitaliza el uno a los que tienen abundantes tierras disponibles; aglutina el otro a los desarraigados.

Pero ¿por qué se ha tornado agresiva esta situación que es la misma que se vivió en un aparente equilibrio hasta ayer no más? Porque impulsos nuevos han ido haciendo consciente el proceso, dando versiones diferentes a la situación, despertando con ello la conciencia colectiva. Porque desde todos los puntos cardinales de la sociedad actúan fuerzas propias de su dinámica, que conducen inevitablemente al cambio. No es que aún exista para los dos antagonistas una mentalidad clara en relación con sus diferencias. No. Para el dueño de tierras la situación es diferente que para su rival, porque se trata de defender las prerrogativas de que siempre ha disfrutado. No entiende sí las razones que mueven a la transformación, hasta el punto de juzgarlas subversivas del orden social. Para el desarraigado no hay claridad alguna tampoco para explicarse su situación, fijarse metas claras de conquista, y hallar impul-

sos suficientes en su avance social. Simplemente él está inconforme. Se muestra inquieto, sin sosiego alguno. Y empieza a manifestarse.

No obstante, de un tiempo para acá, el aparcerero parece que hubiera empezado a discurrir sobre su situación, mientras llegaba al convencimiento de que su carencia de capital y sobreabundancia de brazos sin empleo en el hogar, era la causa que lo había entregado en manos del que posee el suelo desde tiempos inmemoriales. Y se ha dolido de su suerte. También fue consciente para él que las tasas de cosecha que debe entregar como exoneración del préstamo de la tierra, son demasiado altas para ser justas, aunque él está solo cuando se deben correr los riesgos. Ha ido aprendiendo que el pago en especies es a la postre dinero corriente, y sin embargo, no le da derecho como en el sistema de arrendamiento, a constituirse en parte igualitaria dentro del contrato de trabajo, y poder así fijar condiciones. Empujado siempre desde afuera, ha empezado a entrever otros aspectos de su situación: ha llegado a convencerse, por ejemplo, de que sus saldos débitos anuales no son como antaño lo pensara, secuencia lógica del Destino suyo, ante el cual sólo resta aceptarlo resignadamente. Y así ha pensado que el enganche forzoso al propietario a través de un crédito para cubrir con la buena suerte del futuro, es secuencia de que está recibiendo muy poco. Y se ha tornado cada vez más inconforme, y a su inconformidad se ha ido sumando la del asalariado, la del minifundista. Y aunque sobre bases racionales escasas, todos tres están haciendo el inventario de sus vidas y comparándolas con las que transcurren a su alrededor. Han medido sus niveles de vida y encuentran lógico que sean mejores. Así es como estos desarraigados empiezan a sentirse explotados, y a dolerse de su situación y a tratar de rebelarse. Están acumulando inconformidad, sumando frustraciones reales y añadiendo aun aspectos imaginarios. Y todos estos sentimientos se han ido transformando en aversión, en malquerencia, y por qué no decirlo, han tocado las fronteras del odio. Odio contra el dueño de tierras que es ahora culpado del complejo total de su situación, y hasta cierto punto, odio a la sociedad, culpable también de dichas condiciones.

En este malentendimiento, el dueño de tierras no se ha quedado marginado. Lógicamente ha entrado en acción, to-

mando un puesto en la lucha para mantener sus prerrogativas que comienzan a verse discutidas. Y se ha movido en todas direcciones dentro del conflicto. Para entender la violencia de su actitud y hacerle justicia en el juicio, tenemos que conocer las razones que a ello lo impulsan. El estaba acostumbrado a recibir, hasta fechas muy recientes, los gajes personales que la posesión de su tierra incluía dentro de la estructura social tradicional: servicios personales muy variados que iban desde la disposición del voto en los comicios, como retribución lógica del terrateniente, hasta la aquiescencia sexual de sus mujeres, o su consagración en un casi derecho que honraba al elemento femenino. Desde la disposición de un sumiso servicio doméstico sin prestaciones sociales, hasta el trabajo obligatorio de los varones como pago extra de la tierra. Siempre estaba seguro de contar con elementos adictos a su gente, entre quienes trabajaban su suelo, sin que en reciprocidad se sintiera obligado a corresponder con derechos definidos y obligatorios. Sólo la merced voluntaria. Finalmente, él se colocaba en relación con sus dependientes, a la cabeza de una jerarquía social muy estable.

Al empezar a tambalear esta estructura con las fuerzas del cambio, es apenas lógico su movimiento instintivo de defensa. No poseía ni la técnica ni la mentalidad adecuadas para dar un vuelco fértil a la situación. No había evolucionado suficientemente, y la transformación lo cogió casi de improviso. En el Socorro, por ejemplo, se cita el nueve de abril como fecha decisiva en la turbación de las relaciones entre hacendado y dependiente. El mundo tranquilo del paternalismo y de la adhesión personal irrestricta, había quedado atrás, mientras se iniciaba la etapa del forcejeo y el de las tensiones entre las dos categorías económicas.

Al tomarlo desprevenido la situación, el dueño de tierras ha ido tanteando una salida sin lograrlo aún. Sus reacciones, por el contrario, han gestado más inconformidad, creándole mayores resistencias. Acorralado por las leyes sociales, quiso evitarlas: para eludir la de mejoras desarraigó a las gentes situadas en sus fincas, arreglando como pudo los conflictos a que dio margen. Con esto acrecentó el grupo de sus opositores. Para esquivar la del salario mínimo no entrevió otra salida que transformar sus tierras agrícolas en ganaderas con pastizales

naturales, con lo cual cada vez más disminuyó su capacidad de absorción de mano de obra asalariada, y dejó al margen de la vida al grupo de campesinos que vivían del jornal devengado en sus fincas. Con este cambio, no admitió al terrasguero, que fue a aumentar la presión de los desocupados en el campo.

Todas estas medidas agudizaron la situación del hombre del agro dependiente del suelo ajeno. El ya no tuvo de qué, ni dónde vivir. Aparceros, minifundistas y asalariados vieron como consecuencia crecer la oferta de la mano de obra mientras verticalmente decaía la demanda que pudiera coparla. Con ello descendió aún más el pago del jornal, en tanto que los precios de los productos alimenticios básicos, no cultivados ya, ascendían con gran rapidez. El campesino, erradicado de sus antiguos sitios de habitación, emigró del campo y llenó de tugurios las orillas de las carreteras o las pequeñas comunidades locales que no habían presenciado antes tal fenómeno. Allí también fue un desocupado. Y la situación fue tal que la legislación tuvo cada vez menor aplicabilidad: el salario mínimo constituyó, por ejemplo, un bello sueño: el exceso de mano de obra anulaba su exigencia así como el pago de dominicales y de feriados.

En esta forma, el desarraigado, estimulado por las fuerzas del cambio que le ofrecían una visión diferente de la tradicional, y por una situación económica cada vez más y más precaria, pasó de la tensión inicial al odio. Al odio aún vertido en moldes culturales o expreso en agresión encubierta. Porque son versiones de este sentimiento lo que ahora está recibiendo el hacendado en el Socorro, San Gil y Páramo, una de las regiones donde estos antagonismos se están cumpliendo con más fuerza. También es odio lo que está incubando el campesino de Herrán y Labateca en Santander del Norte, contra el dueño de tierras. Lo que se siente en el norte del Huila, y lo que se expresa bajo diferentes formas en las Sabanas de Bolívar, en las hoyas fluviales del Departamento del Magdalena y lo que se respira en las tierras de su porción occidental norteña. Y no es más que odio lo que está moviendo el desajuste actual de las comunidades agrarias en Cauca y Nariño, Cundinamarca y Boyacá, aún no suficientemente interferidas por las fuerzas del cambio.

* * *

Otro paisaje diferente del odio se encuentra también en un tipo distinto de comunidades colombianas. El se desenvuelve en

las sociedades pequeño-industriales de tipo tradicional. En ellas se viven anacrónicamente técnicas de trabajo anticuadas, formas de desarrollo económico incipiente, y es en este ambiente donde entran en conflicto el empresario que comienza, con el obrero. Estas empresas, una cuasi-artesanía, afrontan esencialmente una fuerte escasez de capital. Funcionan como intermediarios, unas veces entre el productor a domicilio y el comerciante, y en otras, asumen directamente el proceso de producción en sus pequeños talleres, cuando no llevan una acción combinada. Es el caso de las fábricas de cigarros del Socorro, de Zapatoca, de Piedecuesta, las de elaboración de artículos de fique, los talleres de confección de vestidos en sus etapas iniciales. También algunas formas incipientes de explotación alimenticia.

Estas instituciones son muy vulnerables: la falta de técnica, de respaldo económico amplio y con frecuencia de mercados directos, las envuelve en una atmósfera de inestabilidad que se agrava con la presencia de un personal obrero de precaria calificación. Porque aunque en ellas trabaja un grupo de veteranos de estos oficios, existe ahora otro que se renueva constantemente, constituido por los desocupados recién llegados del campo o por un personal urbano que sirve allí temporalmente, o llena los momentos libres con esta ocupación.

Singularizando el caso en la producción del cigarro, porque caracteriza mejor la situación, hallamos en la zona santandereana, en el Socorro, por ejemplo, que dicha labor está predominantemente servida por un personal femenino, por algunos niños y por escasos hombres que están de paso, generalmente. El primer elemento, individuos del sexo femenino, son, por lo general, jefes de hogar, bien porque han sido abandonadas por el marido, porque deben compartir con él la responsabilidad económica del hogar, o porque se trata de madres-solteras. En todo caso, el producto de su trabajo es urgente en el sostenimiento de la familia. Esta condición explica la presencia infantil en estas tareas. Estudiando en el Socorro los años de trabajo de las cigarreras, aparecían fechas iniciales tan tempranas, que parecían increíbles si no las corroborara en la actualidad la presencia de niños de seis años y de edades inferiores, ocupados en la faena de la elaboración del tabaco.

Sobre las bases mencionadas para empresario y obrero, no es raro que aparezca el conflicto. La mano de obra se queja de

los bajos salarios que recibe, a pesar de que trabaja sin jornadas fijas, largas en exceso, para lograr un mejor ingreso, ya que elabora los cigarros por un sistema de tarea. En tanto, el empresario se duele del poco rendimiento de esta mano de obra, de su inestabilidad, falta de responsabilidad, sin que valga, dice, nada para mejorarla. También se queja de su limitada calificación técnica, de la cual resulta el deterioro del material, de los instrumentos de trabajo, etc. Y no es raro también oírlo acusar al obrero de hurtar la materia prima, o el producto elaborado, o engañar en el peso del artículo, o de quedar debiendo los anticipos hechos.

El trabajador, por su parte, también se siente defraudado en lo que juzga es su derecho. Más aún, piensa que es explotado por el empresario cuando su actividad la lleva a cabo en el domicilio particular y sus entradas se ven gravadas semanalmente con el arrendamiento de los instrumentos de trabajo, y con precios más altos en la materia prima que recibe para elaborar, que los corrientes del mercado. Su resentimiento es más hondo cuando se ve víctima de la oscilación negativa de los precios del producto que fabrica, y en cambio no obtiene beneficio alguno cuando se produce el alza del artículo. Se siente defraudado también por la azarosa inestabilidad del trabajo, pues no recibe aviso previo para quedar cesante, y por largos períodos de receso en los pedidos, esta actividad no le copa todo el tiempo, no le permite dar todo su rendimiento, a la par que no dejándole obtener el ingreso que necesita, tampoco le permite organizarse en otra ocupación.

Y es que el propietario, para asegurar su empresa de tantos riesgos, consecuencia de su situación misma, cumple la política expuesta por sus obreras y aun llega a extremarla más: no establece una valoración objetiva del trabajo individual, y entonces los precios de la tarea pueden ser rebajados arbitrariamente, produciendo descontento y también resentimiento. Lo mismo que el dueño de tierras, para defender sus intereses, hace maniobras diversas para eludir las prestaciones: en el Socorro, por ejemplo, ellas empujaron al empresario a trasladarse a otros lugares, como Piedecuesta o Bucaramanga, donde las condiciones de desarrollo de estas ciudades les permitían costearlas sin grave lesión para su empresa. Pero el resultado más generalizado fue el de fragmentar las fábricas o el de dispersar

lación con los demás, y perpetuar una tradición espiritual familiar casi de estirpe. Esta especie de pseudo-aristocracia o núcleo de *gente bien*, así llamada popularmente, nunca fue discutida ni entró en competencia. Las condiciones de desarrollo no habían creado el grupo que pudiera poner en peligro sus prerrogativas, de manera que sus dictados fueron acatados en los sentidos más amplios, por la población que vivía a su derredor y que podría considerarse en cierto modo subalterna. Pero ocurrió el cambio: nuevos renglones de la producción fueron haciéndose rentables, o facetas distintas de las formas económicas tradicionales permitieron la elevación de otros sectores de la población.

En algunos casos fue cierto también que la clase dirigente hizo sensible una debilidad en tres órdenes: decayó económicamente y no pudo dar el respaldo acostumbrado a su *status*, o perdió la posición directiva, porque no continuó felizmente los valores espirituales que se la daban. Finalmente, su sentido orgulloso de grupo privilegiado, la cerró a las mezclas de sangre y decayó biológicamente también. Cuando esto ocurrió, su antagonismo no pudo ser activo y fue desplazada sin lucha. A lo más, gestó un grupo de resentidos sin poder, que se dolieron en silencio y con orgullo de su situación nueva.

Pero en el caso de haber mantenido su vitalidad, el choque entre los dos grupos se hace evidente. Lo estamos presenciando, por ejemplo, en Buga, Chaparral, San Gil, en Pitalito, en Santa Fe de Antioquia, etc., y si me permiten escapar de las pequeñas comunidades, puedo decir que se amplía su órbita en las grandes ciudades, porque es particularmente sensible en Bogotá, en Medellín, en la tradicional Cartagena, en Manizales, en Popayán, en todas aquellas donde se comienza, o ya está avanzado un cambio económico.

La *gente bien* de estos lugares, regresemos de nuevo a nuestras agrupaciones mínimas, no quiere reconocer los avances del grupo que podríamos llamar burgués, recientemente enriquecido y que trata de romper los límites de su ubicación social y colocarse al lado del otro. A su poder, generado en una riqueza pujante, opone el otro los valores de la historia: un apellido ilustre por varias generaciones y una tradición que enfrenta su improvisación. La clase alta tradicional arguye que ha madurado paulatinamente, ha dado sazón a través de un pro-

la actividad en los hogares. Con ello se convirtió en un intermediario entre la producción del cigarro y el comerciante que lo expende, y, además, en una fuente de suministro de materia prima a precios que dan margen a ganancias extras, a todo el personal productor dependiente suyo. Y como ya lo anoté, le alquiló los rudimentarios elementos de trabajo a un precio más que razonable. Así no pagó prestaciones y obtuvo mejores ganancias.

No podría decir que el personal obrero situado en estas condiciones se resienta conscientemente de ellas. El no ha racionalizado su problema. Tiene ahora un hondo inconformismo llegado como suma final de todo el complejo de su situación. Ha gestado un fermento de odio a través de sus frustraciones, de sus restricciones vitales, de su situación familiar y social, de su lucha sin realizaciones generosas, de todo el conjunto de lo que es su vida. Cuando se les oye, parece que se tuvieran lástima a sí mismos. Pero es rencor contra todo y contra todos, hasta contra sus vidas sin dulzura y sin sentido. Y es odio, individualizado ya, contra el dueño de empresa, odio vestido de pasividad, de resistencia inerme, odio encubierto.

* * *

Salgamos ahora del ambiente limitado de las pequeñas comunidades, que no han culminado aún, y veamos otras que empiezan a sacudir su antigua caparazón económica. Nuevamente es el cambio socio-cultural el que crea en ellas una serie más de curiosos antagonismos. Ellos nacen del advenimiento de nuevas fuentes de riqueza en algunos casos, y el fortalecimiento de clases diferentes a las consagradas tradicionalmente como altas. Menos doloroso por los resultados que los anteriores, y menos amplio también, porque se restringe a zonas todavía pequeñas del país, es importante por las ricas sugerencias que involucra.

La sangre hispana conformó en algunos sitios núcleos de población blanca, que afianzaron su posición de prestigio con el dominio de las mejores tenencias. Esta clase ocupaba firmemente su posición. El amplio respaldo económico que poseía, las facilidades del mundo donde transcurría su vida, al par que sus exigencias, le permitió conformar una cultura superior en re-

ceso lento, mientras los recién llegados cuentan desde ayer, y por tanto, todo su sér social está empapado de novedad, permeado por los valores escueto que da el dinero ganado rápidamente. Son vinos que no han sufrido la decantación del tiempo que les da sabor y *bouquet*. Y así se mueren de la risa ante sus desplantes de poder económico; ante la manera demasiado generosa de cubrir los patrones de prestigio. Ellos son sobrios, aquéllos ampulosos, y estos valores negativos se destacan a través de la vivienda, del traje, del vocabulario, de todos los aspectos sensibles, dando pie a que a través de ellos sean objeto de la crítica de sus antagonistas.

Pero a la vez que son agentes de la discriminación, la *gente bien* tradicional es a su vez medida y valorada. Porque a la postre lo que enfrenta a las dos clases altas de las pequeñas comunidades, es un antagonismo o disimilitud en los conceptos y que sirve de base para la oposición del grupo tradicional a compartir con el nuevo el puesto dominante en la sociedad. Y así se traban en lucha los dos. A los valores precedentes, el burgués opone su vitalidad y su poder de creación que lo ha llevado a superar su *status bajo*, y dado armas para equipararse al grupo tradicional. Y opone también su aparente desprecio a los valores de su contendor, los minimiza y los expone al ridículo. Y cifra su empeño en vencerlo. Un fuerte forcejeo se produce entre los dos grupos, con el resultado de que paulatinamente el recién llegado va tomando la fisonomía del grupo al cual se quiere asimilar, hasta alcanzarlo y lograr su incorporación, aprovechando las mismas fuerzas de la dinámica social. Pero mientras tanto, la encarnizada pugna de dos contendores que se miden mutuamente a través de las pautas sociales, avanzando el uno, frenando a toda costa el otro, llena de recíprocas ofensas las personalidades combatientes, crea frustraciones, resentimientos profundos y lesiones que se sienten en la vida toda de la comunidad, la interfieren y agitan, hasta convertirse estos sentimientos en verdadero odio que llega a separar las pequeñas agrupaciones en bandos antagónicos.

* * *

Otra tensión, de naturaleza económico-social, libra su batalla en el campo de las comunidades pequeñas. Presenta fuertes similitudes con el antagonismo anterior, aunque emanan sus

fuerzas de la naturaleza misma de la economía, del ambiente donde transcurre su acción, y de valores de naturaleza muy especial. Este problema se siente en todo el pequeño mundo municipal colombiano, pero adquiere un carácter particularmente atrayente en la porción oriental antioqueña. Y para ubicar mejor este fenómeno, singularicémoslo en las cabeceras de Marinilla o de Abejorral.

Con el correr del tiempo, una marcada diferencia cultural se fue delineando entre el grupo urbano y el asentado en el campo. Y estas disimilitudes, más de forma que de contenido, sirvieron de base para que surgiera un antagonismo entre los dos, cuando tuvieron oportunidad de enfrentarse, para que se aprovecharan tales diferencias como instrumentos de rechazo en la asimilación de los dos grupos, y en el intento de limitar su acción a campos diferentes.

En el fondo estaba, como en todos los casos precedentes, la competencia del *status* social, expresa en la defensa o conquista de una posición privilegiada en el ámbito urbano. Entraban en pugna los núcleos rurales que hacían su aparición en la población contra los tradicionales grupos de clase alta en la misma. Ante la presión del hombre del campo, o *montañero*, como se le llama en Antioquia, el asentado en la cabecera municipal respondió discriminándolo y desconociendo su derecho a competir con él, y para ello entraron en juego los valores de la cultura. Al aplicarle sus patrones, el elemento campesino fue hallado torpe en sus maneras, falto de refinamiento en los aspectos externos como el traje, el ayo o el mismo lenguaje que se tachó de deshilvanado y burdo. Se le encontró carente del sentido de las proporciones en el cumplimiento de las normas sociales, incapaz de asumir un término medio de medida, y de moverse holgadamente dentro de la estructura de las convenciones que rigen la vida de relación en el pueblo.

Y es lógico que se le hallara falto, porque en el grupo rural rigen en el comportamiento, pautas orientadas por principios diferentes. El *montañero* es un hombre del campo, que desenvuelve su vida en un ambiente que exige de él otra clase de acción que la requerida en el pueblo. Por esto, el campesino, a su vez, mide y juzga a su igual de la ciudad sobre medida de sus personalísimos patrones. Y lo encuentra reducido en sus proporciones, sin derecho para que lo haga objeto del ridículo, del ex-

trañamiento y de la oposición sistemática. Porque si se juzgan, dicen, algunas de sus virtudes que tanto lo enorgullecen, ellas aparecen acomodaticias, artificiosas, sin vitalidad. Su refinamiento tan llevado y traído aparece ante sus ojos como un exceso de amaneramiento, sus normas de cortesía esconden falsedad, y para completar más el cuadro de sus faltas, es un individuo de débil textura física. Para ser hombre cabal en el ambiente campesino, es indispensable demostrar una fortaleza biológica a toda prueba para oponer en la lucha diaria. Además, aunque arropados por la misma cultura y pertenecientes los dos al mismo complejo étnico, aparecen distintos en otra serie muy variada de metas ideales, valores y conceptos.

Mientras los dos grupos viven sus normas en círculos separados, desenvuelven su acción en ámbitos distintos, sólo ocurren leves roces cuando ocasionalmente entran en contacto. Pero de tiempo en tiempo, los núcleos urbanos van siendo invadidos por los elementos del campo, y es lógico que traten de acomodarse en la comunidad para desenvolver su vida y jugar su papel. Entonces es cuando sobrevienen las fricciones, máxime si disputan su ubicación a los núcleos altos.

Un movimiento reciente de inmigración campesina la ha sentido el conjunto de pueblos del este antioqueño. El *montañero* ha salido al pueblo y pretende “ponérselo de ruana”, podría decirse con el habla tradicional paisa. Porque ha llegado con plata y con ambición. Recientemente enriquecido por nuevas técnicas agrícolas, trata de buscar acomodo en un ambiente más amplio para la cristalización de sus nuevas aspiraciones. Y es en este momento cuando se levanta la objeción del grupo tradicional, cuando se hace expreso su rechazo. Y como en el caso de la pugna entre el grupo burgués en ascenso y el tradicional de *gente bien*, la tensión entre los dos se hace evidente. Ni el uno ceja en su empeño de avanzar, ni el otro en su interés en detenerlo, y como en el caso anterior, la comunidad vuelve a vivir los antagonismos de los dos grupos, a tomar parte en ellos, a inquietarse, a gestar resentimientos, a sentirse la discordia y la lucha en todas sus instituciones.

* * *

Para terminar, quiero traer a cuento otra clase de lucha que se vive en Colombia desde largo tiempo ha, no sólo en las comu-

nidades pequeñas, sino que también toman parte en ella las más grandes agrupaciones urbanas. Es la que se alimenta del antagonismo nacido de la diferencia racial.

Estas tensiones, emanadas de valoraciones profundamente arraigadas en la conciencia social, son también fruto actuante del pasado, que aún se prolonga en nuestras actitudes del presente.

Para entender mejor las causas que estimulan el fenómeno, es necesario conocer las raíces históricas del problema. Cuando la trilogía racial que conforma nuestro pueblo en matices aún no esfumados por el mestizaje, se dio cita en el suelo patrio, gozaba individualmente de un *status*, que sirvió luego de base al que cada uno conformó con el correr de los tiempos. Simultáneamente en esta estructuración, jugó un papel decisivo la función que cada grupo desempeñó en el momento de su llegada, o en las etapas siguientes.

El español, por ejemplo, llegó como invasor al pueblo americano, pero un invasor coronado por el éxito en los campos de batalla. El común del Conquistador hispano provenía de una clase guerrera, largamente gestada por la madre Patria; veterana de las diez mil batallas que vivió la Corona Española en sus variados dominios del momento. Sobre la base de este entrenamiento, que le dio un considerable dominio técnico en el campo de la lucha, de su valor personal, y de una buena dosis de ambición de riqueza y de gloria, él pudo subordinar a la difusa población americana. Sobre la base de este triunfo, estaba capacitado para imponerse como cabeza de la sociedad que iba a constituir, para transmitir su cultura y destruir la de aquéllos que habían sido subyugados.

El nativo, segundo aporte racial, estaba vencido. En la lucha hizo alardes de astucia, de valor físico que lindaba con la locura, de inteligencia, y aunque secundado por el conocimiento y adaptación al paisaje donde había nacido fue dominado por la técnica militar, por las enfermedades, por el hambre, por el impacto psicológico. Y su derrota es lógico que fijó su *status* del momento y dio las bases para su ubicación futura dentro de la sociedad que con el vencedor debía conformar más tarde. Por esto, fue menor de edad ante el derecho, la economía, la religión, la educación, etc., y se marcó tanto su situación de subyugado, que hasta en aspectos de estética su aporte racial fue subvalo-

rado, mal mirado su fenotipo, en contraste con la apreciación biológica del legado hispánico.

Sobre la base de estas circunstancias negativas, es lógico que su posición social se relegara a los sitios más bajos de la escala. El quedó marginado a la base de la misma, mientras en la cima de la pirámide social se ubicaba el Conquistador y su descendencia.

Este abismo creado entre los dos grupos étnicos iniciales en nuestro suelo patrio, fomentado por las secuelas de la Conquista, fue llenándose paulatinamente en una escala de matices por los mestizos de las dos razas y por el hijo de españoles en suelo americano. Pero no se superaba aún, como no lo ha logrado todavía, la estratificación inicial. Y en parte no se lograba, porque la subordinación del americano por las razones expuestas, determinaba una clandestinidad en los cruces, que lógicamente colaboraba en la ubicación del mestizo. Este, generalmente hijo de la concubina india y del señor español, no se equiparaba al padre, pero sobrepasaba en función de su acercamiento a lo hispano el *status* materno.

Y a esta estratificación del blanco y del indio, que aún no había llegado a clarificarse y que parecía conformarse de la cima a la base por elementos constituídos por el peninsular, el criollo, el mestizo y el indio, vino a añadirse el aporte africano.

¿Dónde logró ubicarse este nuevo elemento racial? Sus mismas condiciones humanas a la llegada, determinaron por siempre su *status*. El era esclavo y de un conjunto étnico todavía más diferente que el de los anteriores, lógicamente su posición era más baja. Entonces se le colocó en los cimientos de la vida social.

Este proceso histórico es el determinante de la situación actual. En primer lugar, en la posición subalterna de los descendientes del indio o del negro no existía sólo una subordinación social. Paralelamente se alzaba para impedir su integración al blanco, o su equiparación, las condiciones económicas particulares a cada grupo étnico, que la misma etapa histórica había generado. El indio era un siervo en la tierra agrícola ajena. Y casi se asimilaba a mano de obra no libre cuando cumplía tareas obligatorias de boga en los ríos, como el Magdalena, por ejemplo, cuando construía viviendas, iglesias y plantíos en las zonas mineras o cuando portaba a sus espaldas los fardos

de mercancías españolas por los caminos patrios. Tampoco era libre cuando pagaba en oro tributos complementarios, o cumplía este gravamen en especies. Sobre estas bases y otras más que nunca lo favorecieron, es lógico que no alcanzó a crear riquezas para liberarse, posiblemente apenas alcanzó a sobrevivir.

En cuanto al negro, su posición fue más difícil: él era un esclavo, en el suelo minero o en la mansión señorial. A pesar de esta condición, fue tamaño su valor humano que logró liberarse, pero esto no era suficiente. No es tarea fácil empezar por carecer de todo, obtener a expensas propias categoría esencial de ser humano, para luego conquistar la liberación económica. Y esta es tarea punzante de la personalidad, porque para lograrlo ha de sufrir de fuera el estímulo negativo de los tirantes antagonismos de raza, y el duro proceso de la discriminación económica.

Las etapas históricas siguientes no han sido suficientemente generosas. Y aunque el cambio en sus diversos órdenes se ha ido acentuando en el país, no ha sido lo adecuadamente amplio para superar las debilidades básicas que los dos grupos inferiorizados sufrieron desde el principio, con el consecuente resultado de que el concepto racial evolucionó entre nosotros para marcar —en ocasiones— no al conjunto étnico solamente, sino al individuo que proviene de condiciones socio-económicas asignadas tradicionalmente al negro o al indio. Esto nos explica que dentro del complejo cultural antioqueño se llame *negros*, sin distinciones sociales, a los elementos de extracción popular y a los pobres, como en Boyacá, Nariño, Cundinamarca y Cauca, la voz *indio* está señalando al individuo de baja categoría social y de malos ingresos.

Como el mestizaje en el país no ha logrado borrar las fronteras raciales, ni hemos llegado a superar las secuencias del proceso histórico que nos conformó étnicamente, antagonismos de esta índole se sienten a todo lo largo y lo ancho de nuestra patria, y agitan las pequeñas comunidades de mezcla heterogénea que no han definido un tipo físico único. Estas tensiones se hacen evidentes en las relaciones del blanco con el negro o con el indio, en aquellas regiones donde las dos premisas mencionadas mantienen su vigencia.

Es dentro de las pequeñas comunidades que conforman el complejo cultural antioqueño, donde se sienten con más fuerza

las tensiones que separan al descendiente blanco y sus afines de los elementos de mezcla negra. Esta porción colombiana, por condiciones de la riqueza minera del subsuelo, se vio favorecida por el aporte africano. Así el individuo de color fue tiñendo de matices suyos el lienzo racial de Antioquia, tal vez con más eficacia que lo que colaboró biológicamente el indio. Y en tiempos modernos, aún sigue recibiendo el mismo contingente étnico a través de las recientes inmigraciones desprendidas de su vecino el Chocó, de todo el litoral Pacífico, o las que invaden primordialmente los centros mineros del norte del Departamento, venidas de la porción septentrional costeña.

Y Antioquia no ha alcanzado a asimilar del todo, en la biología, ni en las normas socio-económicas ha logrado aculturar al elemento negro. Aún sigue la mayoría de la gente de color en los bajos estratos de la sociedad. Sin embargo, algunos individuos han llegado a superar las condiciones legendarias de su grupo racial, y al lograrlas, han querido mover su ubicación tradicional. Disputar como un elemento más de una comunidad, un lugar adecuado en la escala social. Para ello, inicialmente, han cubierto cuidadosamente todos los aspectos externos de una categoría alta a fin de identificarse con ella y ascender a sus sitios. Entonces es cuando ha surgido la pugna. Mientras se mantuvieron en sus órbitas tradicionales, su vida transcurrió sin antagonismos. Al querer sobrepasar su ubicación histórica, la tensión tenía que hacerse evidente. Revivió entonces en cabeza del descendiente blanco toda la mentalidad colonial, porque se le disputaba su sitio de prestigio, se le equiparaba a un grupo considerado tradicionalmente inferior, que hacía tambalear su posición de privilegio. Es el mismo temor que asedia al representante de las clases pseudo-aristocráticas de nuestra sociedad ante el ímpetu del grupo burgués, o el que angustia al del núcleo urbano cuando lo asedia en su sitio de dominio la llegada del pujante montañero.

Esta tensión, cuya objeción es más cruel que la que se presenta a los demás grupos sociales en ascenso, porque está fuera del individuo mismo, se ve fuertemente reflejada en el lenguaje popular. Veámoslo a través de algunos refranes donde se vierte el pensamiento del común de las gentes. Antioquia empieza a decir, por ejemplo, *Negro ni el caballo*. Así traduce en forma folclórica su rechazo absoluto, tajante, sin matices, sin posibi-

lidades de acercamiento. Expresa su sentimiento de que no admite las posibilidades de interrelación, porque considera que jamás podrá cumplirse en forma equiparada entre los dos elementos étnicos. Y por esto juzga que si a pesar de ello se realiza el contacto, se debe, sin duda, a problemas de relación, que el blanco no pudo superar o de los cuales quiso tomar ventaja. Porque él no quiere cuentas con el africano. Así canta el antioqueño, dando en su copla la disculpa no pedida por compartir con el negro los valores de la comensalidad:

*Si ves a un negro comer
de un blanco en la compañía,
o el blanco le debe al negro
o es del negro la comida.*

Y recalco que Antioquia blanca no puede creer posible su acercamiento de igual a igual con los elementos de color. Una tradicional subvaloración de tales individuos le impide llegarse a ellos con ánimo desprevenido. No cree que estos puedan alcanzar la práctica de los cánones suyos, ni siquiera el cumplimiento de las formas externas del comportamiento. Por esto dice, refiriéndose a una situación escandalosa: *Parece una merienda de negros*. O a una charla de poco tono: *Esas son conversaciones de negros*. Y es tal su convencimiento y es tal su prevención, que la injuria salta en boca popular como defensa que califica, a la vez que denigra. Así exclama con ira y con desprecio: *Negro tenías que ser...* Eso lo dice todo, lo supone todo, lo calla todo.

Mundos de órbitas distintas para los dos conjuntos étnicos, también señala el refranero popular antioqueño. Y sienta como premisa vital esta separación, que el descendiente de esclavos es incapaz de llegar a culminar en frutos sazonados de bondad. Así le dice rechazándolo y haciéndolo objeto de toda su íntima valoración de siglos: *Negro no la hace limpia*. Y llena de apreciaciones subjetivas la personalidad del hombre de color. La dota siempre en sentido negativo en forma tal, que un blanco todo lo malo puede esperarlo del descendiente africano. Así exclama ante su conducta a guisa de disculpa que hierde: *El no tiene la culpa sino la piel que lo cubre*. Y se coloca a la defensiva para no dejarse engañar. Se advierte que sus reacciones no pueden ser distintas a su naturaleza sin cualidades intrínsecas; que

su aparente bondad no puede tomarse como expresión de un contenido íntimo, que esconde sí el veneno, la celada, la jugada sucia. Y así el antioqueño blanco se previene o se reafirma en su desconfianza ancestral, con la frase que a su vez mide todo su resentimiento: *Negro que no la hace a la entrada, la hace a la salida.*

También se siente la profunda intensidad de sus prejuicios heredados, a través de un refrán que expresa toda la aversión, la subvaloración cultural de que ha hecho objeto al grupo negroide. El extravierte la opinión general de su opositor que excluye al grupo de color de la posibilidad de ocupar un puesto de prelación en la escala social. Y lo excluye, porque supone que hecho tan desusado no halla respaldo suficiente en la personalidad así distinguida y la corrompe; lo marea tanto honor súbito, tanta distinción inmerecida. Y así dice, confirmando su idea de que debe permanecer adscrito a la órbita reducida y secundaria donde antaño estaba: *Negro que se pone el saco, se pierde el negro y se pierde el saco.* Porque no sólo se deteriora él en su personalidad misma, sino que proyecta sobre su ambiente el daño causado a sí mismo.

Finalmente, oigamos este otro refrán normativo que indica el *status* de cada grupo étnico en la vida social antioqueña. Que torna a insistir en la urgencia de que ambos *vivan juntos pero no revueltos*, como lo aconseja el habla popular. Que señala senderos distintos, deberes y derechos separados, metas de acción diferentes. El es un compendio básico de un patrón cultural. Lo he tomado de don Tomás Carrasquilla, quien a través de su producción literaria creó la más hermosa síntesis documental de la comunidad antioqueña. Así habla Bernabela, en *Frutos de mi tierra*, la vieja criada negra, a su amo blanco, trabado en lucha con un vecino de color:

“—Un blanco como sumercé irse a enredar con esa gentualla. No mi amo, los negros semos negros, y los blancos son blancos; los negros en la cocina, los blancos en la tarima”.

Y como expresión última del grado de rebajamiento a que Agustín había llegado, responde:

“—Es que a mí hasta los negros me quieren ultrajar”.

Y termina este maestro de las letras antioqueñas el cuadro de la valoración social del hombre de color, con esta frase dubi-

tativa de Nieves, expresión de asombro ante el sermón de Bernabela:

“—Que hubiera algunos cristianos con tan buena cabeza... y negros...”

Estas formas de la resistencia social contra un grupo racial, expresadas en el lenguaje oral y escrito son pruebas evidentes de la tensa situación que se vive en las pequeñas comunidades involucradas dentro de este problema.

Ya he dicho que cuando los dos grupos viven en mundos diversos sin interferirse, las relaciones fluyen en forma fácil, sin tropiezo alguno. Pero que cuando se hace evidente que el inferior quiere avanzar en su calificación social, al paso que ha logrado otras conquistas, salta la violencia. Y se vuelven a revivir viejas valoraciones culturales que como fórmulas sagradas describen al hombre de color con cualidades negativas absolutas. Es un cuadro de sombras, nada más. Todos los negros son desleales, perezosos, lúbricos y brutos. Cuando alcanzan algunos niveles mentales es, en su opinión, sólo a través de la personalidad creada por la mezcla, que entreabre las posibilidades de redención.

Sobre estas valoraciones del grupo blanco, que sirven de inspiración a su conducta, se conforma la reacción del hombre de color. El se sabe discriminado por las razones expuestas, combatido en sus intentos de superación, objeto de antagonismos cuya causa está fuera de sí mismo y sin armas para lograr el cambio. Y gesta un fuerte resentimiento que altera su personalidad y que acaba por extravertirse en formas agresivas directas o en reacciones pasivas. Y es tanta la fuerza de este sentimiento y es tal la intensidad del dolor de sentirse discriminado en una comunidad blanca, que las presiones sociales acaban por hacer realidad los prejuicios culturales que le opone en su ascenso el hombre blanco. En esta forma, y sobre base de condiciones complejas que la comunidad colombiana no ha ayudado a superar al hombre de color, se hacen evidentes los supuestos caracteres morales raciales, y se hace evidente también su reacción negativa, lógica pero estéril, que lo margina de la sociedad, urgida de su acción creadora.

Una tensión similar se observa entre el elemento blanco y el descendiente del aborígen americano. Ella se torna más intensa en los Departamentos de Boyacá, partes de Cundinamarca,

en el Cauca y en Nariño. Y para entenderla, nuevamente tenemos que retroceder a las bases históricas. Recordemos, entonces, que la asimilación del indígena se cumplió en forma violenta para tratar de arrancar de cuajo todas las instituciones, los valores, los medios de relación, las concepciones de cada una de las culturas americanas. La reacción inicial fue violenta también, pero luego, con el correr de los años, en el ajuste definitivo a nuevas formas de estructura, ella se tornó pasiva, escondida, disfrazada. La agresión se vertió por canales variados, primero contra el español y luego contra su descendiente que personalizó en el grupo de clase alta. Y llegó a ser para él, hermético, mentiroso, hipócrita, desleal, a señalar cualidades que bajo sus formas institucionales no existían, y así se tornó desafecto al trabajo, sucio en su persona y en su vivienda, hostil, y mostró, además, una fuerte afición al alcohol, en el cual halló y sigue hallando salida a sus problemas interiores emanados de su vida de relación. Y dadas las duras condiciones materiales donde transcurría su vida, sin que las fuerzas de la sociedad trataran de hacer fértil su acción, reaccionó mostrándose terco, de una aparente estupidez cuasi-animal, careció de responsabilidad para ocupar puestos de prelación y se entregó a la inercia misma de su aparente falta de aspiraciones. Esta era y ha sido una de sus maneras de reaccionar ante la presión del blanco que lo confinó, ya lo dijimos, a la base de la pirámide social y ha ejercido sobre él una acción consciente o no, para mantenerlo en tal órbita. Y con ello, a la manera del hombre negro, se fue haciendo evidente una negativa valoración racial que a la postre parece verdad.

Sobre estas bases se enfrentan los descendientes del aborigen americano y del conquistador hispano. Ellos se traban en una lucha sorda, subterránea pero activa, y que día a día parece cobrar agresividad por parte del grupo semi-indígena identificado con la clase baja. Ella se bate en muy variadas formas: sintiéndose modernamente explotada en la relación económica, opone entonces el hurto sistemático, elude la responsabilidad, hace resistencia pasiva en el trabajo. No es sino conocer los fuertes problemas de relación que vive el ganadero o el agricultor de la Sabana con sus subalternos, o las dificultades que afronta el dueño de tierras del altiplano de Nariño con sus dependientes. El hacendado de Boyacá o el de Santander, en la línea

fronteriza con este Departamento, también sabe en carne propia los efectos de esta reacción retardada del indio, oculta pero poderosa, que hace eclosión súbita contra la propiedad, contra la persona, contra el grupo todo. Y también la siente, en forma que ha roto en pocos años las normas de relación tradicional de ama a sirvienta, el grupo de señoras que en estos mismos Departamentos están hoy en día viviendo el antagonismo que se gestó desde el pasado remoto.

¿Cuáles son las consecuencias de tanta tensión convertida en odio? ¿Cuál el resultado de esta lucha por la supremacía, por la equiparación, o por el mantenimiento de *statu quo*? Las secuencias de esta última pregunta ya las hemos entrevisto y las vamos viviendo: cambio o renovación de los estratos sociales, que es en suma culminación de la dinámica de cada comunidad. Pero cuando esto no es posible, cuando las fuerzas de control eliminan los grupos en ascenso, la sociedad vive y padece la reacción que gesta el odio. Conoce la agresión encubierta vertida en moldes culturales y los brotes que en forma manifiesta rompen estas formas aceptadas de expresión. Esta acción conjunta es destructora: a medida que se va acumulando en agravios, cobra nueva fuerza de expansión, porque se torna ciega, irracional y despedaza en su empuje no sólo al grupo opositor, sino que también elimina de paso las estructuras sociales que auspiciaron su situación desfavorable.